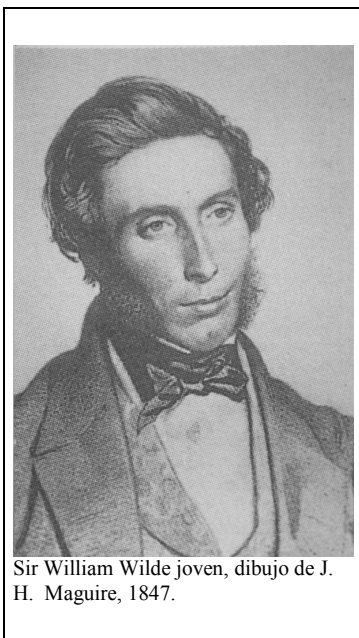


Viajeros por las Islas Canarias (13)

Nicolás González Lemus

WILLIAM WILDE, padre de Oscar Wilde, y su estancia en Tenerife



En el siglo XVIII, el continente europeo asiste a la consolidación definitiva del *Grand Tour* de salud invernal practicado por los ingleses para la cura de enfermedades pulmonares, especialmente de la más extendida: la tuberculosis, además de otras patologías bronquiales (en lengua inglesa, *invalids*). Desde la época de los romanos no se producía el fenómeno del viaje a gran escala como a partir del *Grand Tour*. «El amor al viaje de los británicos en el siglo XVIII se ha transformado en una pasión» -diría Maxwell¹. Y desde muy temprano el archipiélago de Madeira empezó a distinguirse por su excelente clima invernal, aire fresco, fragante y balsámico. A esto se le añadía su exuberante vegetación y abundante agua. Esta época dorada del viaje se vio cortada por las guerras napoleónicas en Europa. Pero restablecida la paz en 1815, se vive un aumento creciente de número de barcos y de pasajeros a lo largo del Atlántico, algunos de los viajeros fueron distinguidos doctores que exploraron de forma

mucho más sistemática y con un claro sentido de investigación terapéutica las excelencias climáticas de las islas, fundamentalmente de Tenerife y más tarde Gran Canaria, hasta tal punto que podemos hablar de una literatura médica de viaje por sus rasgos distintivos. Tres doctores victorianos se van preocupar del clima de Tenerife en la primera mitad del siglo XIX: James Clark, William White Cooper y William Robert Wilde, aunque solo visitaron la isla los dos últimos². No obstante, aunque solo visitaran Tenerife William Robert Wilde y William White Cooper las referencias a Clark son frecuentes, pues era toda una autoridad en el campo de la climatoterapia. Sus escritos fueron los primeros ensayos sobre las propiedades terapéuticas del clima de Canarias, los primeros textos de la literatura médica de viaje como tales sobre las islas. Y a ellos también podemos considerarlos como los primeros descubridores del potencial turístico de Canarias. Hoy nos ocupamos de William Wilde, padre del escritor Oscar Wilde.

William Robert Wilde (1815-1876) era el menor de los tres hijos del médico Thomas Wilde. Sus dos hermanos fueron sacerdotes de la Iglesia de Irlanda, mientras que él heredó la profesión de su padre. Fundó el *St. Mark's Ophthalmic Hospital* de Dublín y la revista *Dublin Quarterly Journal of Medical Science*. Además era un anticuario, de fuertes sentimientos nacionalistas y un hombre que cultivó la escritura. Todo un ilustrado, como su esposa, Jane Francesca, escritora y literata. Después de obtener el diploma de oftalmología y otorrinolaringología, en septiembre de 1837 dos amigos suyos, los doctores Marsh y Graves, le animaron que fuera asistente médico de un rico *invalid*, Robert Meiklam, en un viaje de convalecencia a bordo de su yate particular, *The Crusader*³. William Wilde aceptó la sugerencia y se propuso estudiar el clima de los lugares a visitar. Se embarcaron el 24 de septiembre de ese año y durante los nueve meses que duró la travesía visitaron La Coruña, Lisboa, Madeira, Tenerife, Gibraltar, Argelia, Sicilia, Egipto, Siria, Palestina, Jerusalén y otros lugares de Asia Menor. Producto de ese viaje fue la publicación *Narrative of a Voyage to Madeira, Tenerife and along the Shores of Mediterranean*, en 1840. Fue el primer libro de unos 20 que escribió.

Wilde llegó a Tenerife el 7 de noviembre de 1837, después de haber visitado la isla de Madeira. Tras un análisis comparativo de las condiciones de las dos islas afirmó que Tenerife es el lugar ideal para convertirse en un centro turístico (entonces, centro médico-turístico, *health resort*). Resaltó la mayor limpieza de los pueblos de la isla canaria comparados con los de la isla portuguesa, particularmente Funchal; la menor cantidad de precipitaciones y la sequedad del suelo debido a su origen volcánico. Pero el doctor William Wilde no atendió solo a Santa Cruz sino exclusivamente al Puerto de la Cruz. Durante su estancia en el valle de La Orotava se maravilló de la temperatura del lugar: en noviembre alcanzó 22,2° C, cuando en ese mismo mes en Funchal era de 17° C.

Sin embargo, Wilde puso de relieve otra variable favorable de la meteorología de Tenerife: la humedad. El mismo James Clark, parece descartar a Madeira como centro invernal por esta razón, ya que el clima de Madeira era clasificado como oceánico húmedo caracterizado, según las cuidadosas observaciones de Charles Piazzi Smyth, por retener una gran cantidad de vapor sedimentario en la atmósfera. Los registros higrométricos de Wilde fueron de su sorpresa. Hizo observaciones en el Puerto de la Cruz dos días diferentes con el higrómetro y obtuvo una humedad matinal relativa de 41%, resultado verdaderamente sorprendente, pues la humedad relativa de Funchal solía ser alrededor del 66%. También le llamó la atención el nivel de sequedad del aire, 34%, y al día siguiente 40%. Desde luego que son unos resultados bastantes sorprendentes, como él mismo reconoce, poco frecuente.

Pero William Wilde insistió en otro de los factores naturales de innegable importancia: el paisaje del valle de La Orotava. El espacio geográfico del valle de La Orotava le sugiere no solo un excepcional clima sino también un marco natural muy poco común por su excepcional belleza. De paisaje sublime lo consideró al contemplarlo el 11 de noviembre de 1837, cuando todavía la vid era el cultivo preponderante del valle, aunque ya había comenzado su declive comercial. El ilustre médico escribió uno de los textos más poéticos encontrado en la literatura de viaje:

...al llegar a una altura por encima de La Orotava pudimos admirar el paisaje frondoso del monte, desbordante de todo lo que un corazón amante de la naturaleza puede desear. Una imagen que solo se nos presenta en este famoso jardín de las Hespérides. El viajero que llega aquí por primera vez es involuntariamente atrapado por el encantador paisaje, y forzado a admirar la extrema belleza del escenario. A sus pies está un extenso valle, formado por un enorme viñedo desde un extremo a otro. Un ocasional drago, palmeras un poco altas y ondulantes se levantan acá y allá sobre colores de todos los matices... Al fondo está el Teide⁴.

Para él, el valle de La Orotava reúne las mejores condiciones para ser un insuperable lugar de residencia para cualquier enfermo, pues posee una clima seco y cálido; es lo suficientemente grande como para permitir la aireación, está orientado al mar, y además está rodeado de montañas que lo protegen de las inclemencias del invierno y suavizan el siroco estival, y aunque no tiene tan buena orientación como Funchal, tiene el Teide. Sin embargo, “falta lo más necesario para un enfermo, que es un buen alojamiento. Hay solamente dos pensiones en toda la isla, y la alta burguesía española, empobrecida, es demasiado orgullosa como para alquilar sus casas”⁵.

Se movió por la isla con caballos alquilados y todo parece indicar que su máxima preocupación era subir al Teide, y a pesar de que le habían advertido de las dificultades para hacer la excursión en esa época, logró realizar la ascensión hasta el cráter. Son muy meritorios los comentarios sobre la sociedad isleña. Especial significación tiene la observación realizada sobre el Jardín Botánico del Puerto de la Cruz

(entonces Jardín de Aclimatización). Tras la muerte de su fundador, el VI marqués de Villanueva del Prado, sin apoyo de ninguna clase, ni gubernamental ni en la isla, el jardín fue rápidamente perdiendo todo el esplendor que tuvo en las primeras décadas. Según William Wilde, el Gobierno de Prusia intentó comprarlo para continuar la labor trazada por el marqués, pero los «orgullosos españoles prefirieron que se fuera a la ruina en sus propias manos antes que floreciera en la de otros»⁶. Aunque conservaba todavía hermosos rincones, gran número de plantas raras y exóticas fueron desapareciendo lamentablemente –comenta el *Progreso de Canarias* (20-II-1881)– ocupando su lugar muchos cultivos ordinarios, cebada, trigo y, fundamentalmente papas, «la única cosa que prestan atención aquellos que se suponen cuidan del lugar»⁷. A pesar de ese estado de abandono, el jardín reunía una rica vegetación de plantas tropicales y sub-tropicales. Esta situación de abandono y decadencia acabaría con la llegada de Hermann Wildpret.

En la segunda edición del libro, publicada en 1844 también en Dublin, Wilde se ocupa de los aborígenes guanches. Según él, “pocos son los pueblos extinguidos que han suscitado mayor interés y de los que se tenía tan poco conocimiento como el de los guanches”. Afirma que “su historia estaba aún sumida en la oscuridad, y sus vestigios eran tan escasos que las investigaciones sobre su origen y sus costumbres se basaban principalmente en los restos embalsamados y en las discutibles autoridades de los antiguos escritores y viajeros”. Por ello, transcribe parte del interesante estudio realizado sobre los guanches por el Dr. Prichard⁸.

¹ BOYER, Marc (1996).. *L'invention du tourisme*. Gallimard. París. p. 28.

² El profesor José Luis García Pérez en su libro *Viajeros ingleses en las Islas Canarias* (1988), p. 363, afirma que James Clark viajó a Canarias, pero hoy poseemos los necesarios argumentos para afirmar que no realizó viaje alguno a Tenerife sino a Madeira.

³ GARCÍA PÉREZ, José Luis (1988). *Viajeros ingleses en las Islas Canarias*. Caja General de Ahorros de Canarias. Santa Cruz de Tenerife. p. 370.

⁴ WILDE, William (1840). *Narrative of a Voyage to Madeira, Tenerife and along the Shores of Mediterranean...* 2 vol. William Curry, Jun. And Company. Dublin. V.1. p. 143.

⁵ *Ibidem*.p.165-66.

⁶ *Ibidem*. p. 147.

⁷ MURRAY, E.(1859). *Sixteen years of an artist's life*. Hurts and Blackett. London, 1859. V. II, p, 3.

⁸ WILDE, William (1840). p. 597.